

Lidia Vinciguerra

LA CASA

Ha oído rumiar la casa delante de las paredes.
En cuartos apartados
las esquiras.
En horas vacías ha oído lentitud de pasos
en escaleras que se extienden como cipreses
y la cadencia que precede al sueño.
Las lámparas bastan y son débiles,
el cuerpo se acompasa en penumbra
parece más frágil. Y aun más hundido al silencio
y hasta solapado cuando la furia del desorden se afloja,
se encaja en sus sitios, se cubre de envases.
Y no es extraño. No es ajena la casa
con su cuerpo ensanchado en su derecho a rumiar.
A descuajar sobre otro cuerpo.
Es justo rumiar. Aprender un monólogo de rendijas
nunca antes tratadas con altivez.
Minúsculas hendiduras se defienden apenas de remaches
de tentativas hostiles y de restauraciones irritantes
pero cuidado, nadie sabe que crecen retoños
sobre huecos apenas reconocibles.
Es justo rumiar. Es justo crujiir nudos
para que algo estremezca.

MONÓLOGO DE UNA LÁGRIMA

Lloro.
Lloro la soledad.
Acompasar esta inercia de lágrimas ante un robusto cachorro

que apenas demuestra pequeña, su futura ferocidad. Pero lloro.
Lloro cuando deja la orina y el ladrido en el privilegio del silencio, en el arrogante
desayuno que me reservo
como quien define su propio rostro en el espejo,
y la propiedad de la sombra o dejar el encono
o la sospecha de la amargura
sobre una almohada de plumas negras, irredentas.

Lloro al pobrecito quebrado por el paco.
A la niña vendedora de flores viejas, su cuerpecito de virgen
entre lujurias de noche abandonada en Corrientes y Florida.
Pero más lloro porque lloro.
Porque lloré a mamá cuando quebró su cadera,
cuando Dios o sus ángeles —porque eran de ella los dioses y los ángeles, los fantasmas y
los infiernos de las tres de la mañana—
resistieron su andar esbelto y se volvió endeble y precaria,
primitiva en el dolor,
lenta, de una lentitud insobornable
que maltrata adentro, muy adentro,
más adentro que el aullido de cachorro con hambre.
Lloro la soledad.
Lloro con la soledad.

Lloro por la sed. Lloro el desarraigo de madre,
el cajón de madera, las flores migrando de perfumes,
los pañuelos arrugados en el bolso, la cruz innecesaria
denostando a Otro muerto.
El final, las cenizas arrojadas por otras manos
de otros desdichados.
Lloro el regreso sin ella.

Oh madre, hubo que seguir el camino, abrir la puerta, mirar el vacío de tu silla, desarmar tu
cama, tirar lo innecesario, un atadito con las ropas y leer tu agenda, tus oraciones a las
vírgenes, tus páginas señaladas en libros y fotos testigo hasta que el recuerdo estalle en
lágrimas madre. Y la piedad.